

Alonso de Castro¹ tienen, por el contrario, que primero fué dibujada la forma y luego vaciada, yendo de lo imperfecto á lo perfecto, á trechos, hasta hacerse capaz de recibir el alma humana. Esta oposición de opiniones desazona á los evolucionistas, porque da al traste con su pretensión; pues claro está que los intervalos de tiempo los quisieran ellos, no para pasar de miembro en miembro, sino de mono en antropóideo, y de éste en hombre cumplido.

Mas abra los labios Suárez y díganos cómo absuelve la contienda. «Me adhiero, dice, á la primera sentencia por ser más probable; y afirmo que aquel cuerpo fué formado en un instante, por manera que de tierra inmediatamente fueron hechos huesos, carne, nervios y todos los órganos; los cuales fueron entre sí juntamente hechos, ordenados y compuestos (*ita ut ex terra immediate fuerint facta ossa, caro, nervi et omnia similia*). Dejemos al juicio de los evolucionistas las razones que aduce Suárez para corroborar su tesis: y díganos si les vale la doctrina de este Doctor para bravar y autorizar su evolucionismo. ¿Qué digo? Si inclinase Suárez á la contraria, nada les aprovecharía para su triunfo la duración de breves horas, que pudiera tardar la materia térrea en convertirse en carne, huesos y nervios, obra que no podía correr por manos angélicas, como adelante diremos, sino reservada al brazo omnipotente de Dios².

Añadamos, pues, ahora que Suárez juzga por de alguna estima la sentencia contraria, y tanto, que en filosofía la intitula más probable, dado que en el terreno teológico está él por la instantánea formación. Más: el P. Rodri-

go Arriaga, teólogo sapientísimo, pesados los momentos de las razones de entrambas partes, no repara en calificar de más probable la formación sucesiva, aun en el terreno teológico. ¿Cómo, pues, no se abroquelaron los evolucionistas con el renombre de este canciller de la Universidad de Praga, en vez de mendigar el de Suárez, que de ningún valor les es para ejecutar su pleito? Pero, tampoco podían ellos solicitar el patrocinio de Arriaga, que de nada les puede valer. Porque Arriaga, que sostiene la formación de Adán y Eva, y juntamente de todos los mamíferos en el espacio de sólo un día solar³; Arriaga, que defiende haber sido criados nuestros primeros padres con la mayor perfección y hermosura que en hombres puede haber⁴; Arriaga, que tiene por doctrina de fe la fábrica del cuerpo de Eva como el Génesis la describe⁵; Arriaga, que ni á los ángeles concede la honra de instrumentos en la fábrica del cuerpo de Adán⁶; Arriaga, que quiere que Dios, no atendiendo á la dirección de la obra por mayor, sino desplegando los rayos de su poderío, por sus propias manos le amasase de la tierra vecina al sitio mismo en que salió hecho hombre, ¿cómo podía tomar debajo de su protección la teoría de los evolucionistas, si ni por asomo pensó posible la refinadura de ningún organismo para sacar acendrada la forma de Adán, y sólo llegó á imaginar que el cuerpo térreo fué, según algunas disposiciones, antes que el cuerpo vivo y animado? Perdida á remate va la causa en manos de tales abogados⁷.

¹ De op. sex dier., disp. xxxiv, sect. v.

² Ibid., sect. iv.

³ Ibid., sect. ii.

⁴ Ibid., sect. i.

⁵ PERRIER: Comment. in Genes., l. iv.

ARTÍCULO V.

Trátase si el Génesis favorece á los evolucionistas.—Respuesta á las réplicas.—Declarase el texto bíblico.—Antojos de los hombres científicos.—Qué significa la imagen de Dios en el hombre.—El evolucionismo respecto del hombre, ¿se complace con la verdad católica?



... pues á los evolucionistas se les quiebra la nave sin remedio en el golfo de la teología, veamos cómo tampoco les vale recogerse en el puerto de la hermenéutica para cautelar su hipótesis. La narración del Génesis, dicen no condena formalmente la evolución tocante al cuerpo humano. Con atribuir á Dios la formación, solamente indica Moisés que los elementos corpóreos eran los mismos que los de la tierra; mas no define el modo particular que tuvo Jehová en la ejecución de la obra. Porque las palabras del texto no expresan si puso Dios las manos directa é inmediatamente en el polvo, ó si de causas segundas se sirvió para sacar perfecto del barro el organismo del hombre; y sufriendo el texto esta doble exposición, cabe asegurar que la fábrica del cuerpo humano por vía de evolución, ya que no se demostrase verdadera por los hechos, y aunque fuera contraria á los principios de la filosofía, no parece repugnar á las divinas Escrituras¹. Así discurría un teólogo después de dar reglas sólidas de Hermenéutica sagrada.

Pero no se salvan bastantemente con este discurso las palabras de la Biblia. En ninguna parte insinúa Moisés que «los elementos del cuerpo humano son los mismos que los de la tierra». Fuera de que la inspiración del soplo de vida es acción inmediata, y ninguna diferencia establece el Génesis entre ésta y la fábrica del cuer-

po; á no ser que digan que tampoco refiere Moisés cómo Dios sopló realmente en el rostro de Adán, y que no sabemos si fué el soplo divino obra directa, ó si se valió Dios de otro artificio para infundir la vida racional. Pues así como todos los Santos y Doctores reconocen acción inmediata en la creación del alma, también es indubitable la acción inmediata en la formación del cuerpo. Así lo entendieron los Santos y Doctores de la Iglesia, así lo interpretó la católica tradición. Si, pues, el Concilio Vaticano declara que «nadie es lícito contra el unánime consentimiento de los Padres interpretar la sagrada Escritura²»; si por ese consentimiento se ha de entender el acuerdo formal en una afirmación cierta, excluyendo toda duda; si tenemos aquí, no sólo el consentimiento formal, mas también material de todos los Padres y Doctores que en la materia han escrito; si no hay duda posible acerca de la autenticidad del lugar; si, pues, toda la Iglesia con el escuadrón de Padres y Doctores, ha leído en este pasaje la formación inmediata, ¿cómo querrá el católico escritor introducir sombra de duda, y melindrear y fruncir el ceño á palabras tan manifiestas?

No parece más afortunada la opinión de aquellos escritores que, llevados del deseo de mostrar pecho generoso, á fin de conceder á la ciencia todo el campo posible, han imaginado que pudo Dios haber intervenido en la formación del feto de algún mono, dándole figura de hombre y dejándole con el alma de mono hasta infundirle el alma racional. Tampoco podemos convenir con los que piensan que Dios transformó súbitamente el cuerpo de un mono adulto, dándole en un tris organización humana, é introduciéndole el alma espiritual. No les harían

¹ Advers. Hæres; Anima.

² D. Thom., 1 p., q. xci., a. 2.—S. AUGUST.: De Genes. ad litt., l. ii, cap. xv.

¹ La Controverse, 1885, má.

² Const. Dei filius, cap. ii.

poca gracia á los evolucionistas tan galanas monerías, ni poco pie tomarían de ahí los materialistas para reírles á los teólogos católicos sus enseñanzas. ¿Como si fuera cosa de poca monta, de un brutillo ahí sin caudal, sin ingenio, sin discurso, hacer un hombre de cabal talento, de gran saber, y extremadamente hecho! El mismo Figuer, por tan extraño juzgaba la diferencia del mono al hombre cuanto á la organización, que prefería confesar que ignoraba totalmente el origen de la humanidad, antes que declararse por la descendencia antropoidea. Más noble maravilla y digna de la majestad de Dios es, tomar polvo de la tierra, y en el acto fabricar un cuerpo humano y encender en su semblante y sentidos la llama del espíritu, quedando así el hombre entero y verdadero; más decente es esto á Dios y honoroso que causar tanto alboroto en el cuerpo de un mono, teniendo que estirar sus tejidos, enderezarle los huesos, acortarle los brazos, alargar piernas, extender húmeros, resumir antebrazos, abreviar pies, cuadrar la cabeza, acrecer la masa cerebral, dar al cerebro sus circunvoluciones, añadirle dos dedos de frente, levantarle el agujero occipital y situarle en su justo medio, abrirle el ángulo facial haciendo del hocico labios, agraciarse la dentadura, asearle las manos, tornearle los dedos, ensancharle el bacinete, reforzarle los huesos ilíacos, habilitar su laringe, avivarle los ojos, en fin, ponerle tieso, hacerle reír y darle garbo, destreza, primor y gallardía de persona. Porque sería cosa indigna de Dios, por sacar una especie perfecta, descalabrar otras cual artífice pobre de medios. Porque decir que *polvo de la tierra* sólo significa elemento material y no polvo de la tierra, es interpretación singularísima, que no halla favor en la tradición de los Padres y Doctores. Léanse los claros testimonios de los intérpre-

tes del Génesis, y se verá cuán ajenos están del sentido indeterminado que al *Adamah* se quiere atribuir; y por ahí dedúzcanse cuán vivos quedan los inconvenientes que se querían evitar.

Ni hace consecuencia el replicar que, así como en el *germinet terra* y *producal terra* se contiene facultad encomendada á la tierra para producir animales y vegetales, tampoco repugnaría que hubiese Dios concedido á la tierra el privilegio de engendrar al hombre, pues dice: «*Formavit de limo terra*». Mas no repara quien eso objeta, que donde la Vulgata escribe *de limo terra*, el original asienta *pulverem de terra* (עָפָר מִן-הָאֲדָמָה — *hafar min adamah*); y los Setenta leen *pulverem de terra* (ἄσπις ἀπὸ τῆς γῆς); y Onquelos, *pulverem de terra*; y el Samaritano, *pulverem de terra*; y el Arábigo, *pulverem de terra*; y el Siríaco, *pulverem de humo*: por el contrario, donde en la creación de las plantas y animales vierte la Vulgata *terra*, el original y demás versiones escriben *aretz* (אֶרֶץ), y *aretz* dice extensión, llanura, campo, región; pero *adamah*, es tierra de labor, elemento térreo, materia para labrar; como derivado de *Adam* (אָדָם) que es *rubuit, rubicundus fuit*, y de aquí *adamah* suena como si dijéramos la roja, la bermeja, y se aplica en sentido puramente material, según que puede verse en Gesenio, Winer, Buxtorfio, Glaire y otros. Conviene en esto advertir que aquel *limum terra* puesto por la Vulgata; san Gregorio¹, san Agustín² y otros, le explican por el *barro hecho con agua*, según atrás queda referido: á cuya interpretación oponen san Basilio³, san Crisóstomo⁴ y otros Padres griegos el mero *polvo*, conforme se colige de los Setenta, que trasladaron

¹ Moral, l. ix, cap. xxviii.

² *Gentes contra Manich.*, l. ii, cap. vii.

³ Hom. xi In *Genes*.

⁴ Hom. xii.

al *xolav*, y es versión acomodada al עָפָר hebreo, que suena *polvo*, y no *lodo*; que *lodo* es en hebreo תֵּיט (thith). Tal vez quisieron significar, como indica el P. Manuel Sá¹, vertiendo el *de limo terra* por *accipiens pulverem e terra*, que el hombre fué hecho de barro, como insinuando que es compuesto de alma y cuerpo, cual lo es el barro de agua y polvo. Pero todos los Padres tienen que el hombre fué fabricado de sola tierra. Erró Filón en el lugar citado arriba, pensando que fué hecho de las partes más purificadas y acendradas, para encarecer la dignidad de su origen; pero se engañó, porque la humana dignidad no está en el cuerpo, sino en el alma principalmente²; aunque no erró en declarar, como todos los Padres declaran, en sentido material la tierra de que Adán fué formado.

De donde, pasando adelante en la consideración, la Biblia señala por origen del hombre el polvo rojo, el elemento terreno; mientras que al tratar de los animales y plantas manda á la tierra, á la llanura, á los campos solitarios y extensos que se pueblen de bestias y se vistan de arboledas, así como antes había ordenado que las aguas se cuajasen de reptiles, y que los aires se hinchiesen de aves. De manera que no hay punto de comparación del hombre á los animales cuanto á la voz *tierra*; y tampoco la hay cuanto á la formación, porque el agua y la tierra fuéronle á Dios manos con que sacar animales y plantas; por eso encerró en estos elementos alguna eficacia para fomentar los gérmenes y darles conveniente nacimiento. El producir plantas y animales fué como menearles Dios las manos para que obrasen; pero la fábrica del hombre fué obra confiada á las manos de Dios,

como decíamos con san Hilario; no fué oficio de la naturaleza mera, sino traza de los dedos de su Soberano autor, mediante la masa de barro. El arzobispo de Granada D. Benito Monzón daba á un académico amigo de los evolucionistas, entre otras advertencias, ésta, que viene muy á propósito: «En la cita que hace V. de Naudin en la pág. 58, se dice, entre algunas cosas no muy exactas y propias, que el limo de la tierra es el encargado de suministrar el animal, al que Dios adunara un alma hecha á imagen suya,—cuya proposición no parece muy conforme con la letra y espíritu del sagrado texto, en el cap. ii, vers. 7 del Génesis, donde se dice, no que el limo de la tierra suministró el animal, ó sea el cuerpo del hombre, sino que sólo suministró materia bruta é inerte, de la que Dios quiso servirse para formar y organizar por sí mismo el referido cuerpo humano. Hasta aquí el docto arzobispo de Granada, por cuya boca habla toda la católica Teología desde san Ireneo hasta el cardenal Mazzella.

Pero los autores que estos castillos levantan, lo hacen guiados por el deseo de contemporizar con las exigencias científicas hasta la raya de lo posible y no dogmática, ¿Mas qué títulos tiene la paleontología para exigir tanto sacrificio y tan profunda reverencia? Ninguno. ¿Ha demostrado acaso que á todo trance semejanza de forma arguye comunidad de origen? No. ¿Está puesto fuera de contienda que el hombre no vino al mundo por caminos nuevos y no trillados? No. El mismo Wallace, en medio de ser la mejor lanza que tiene el evolucionismo, ¿no declara á más no poder que «los nombres de leyes de crecimiento, leyes de desarrollo, leyes de forma hereditaria, leyes de variación, leyes de correlación, leyes de costumbre y de instinto, acción directa del medio, y

¹ *Notationes in Genes*, cap. ii.

² CARD. TOLEDO: *Comment. in Joann.*, cap. ix, annot. vi.

otras parecidas, son palabras huecas que se usan para expresar acciones de causas que nos son tan desconocidas como la naturaleza de la vida.¹ Otras declaraciones dejamos de referir, que pueden verse en la obra *Hommes fossiles et hommes sauvages*, 1884, en donde el afamado Quatrefages debela con copia de argumentos el origen brutal del hombre; tratado precioso, si no le afearan las sombras del hombre terciario que el autor espere por sus páginas con sobrada confianza. ¿Pues qué le vamos á conceder al evolucionismo, cuando él mismo no hace sino jugar de vocablo y no acierta á saber lo que se quiere? ¿En qué ley cabe que martiricemos el sentido de un texto bíblico por lisonjear la vanidad de hombres descontentos, que tienen puesto en la fantasía el norte de su saber y andan perdida el áncora donde poder aferrar?

Es cosa muy de ver con qué ardid el ilustrado catedrático de la Universidad de Lovaina, M. A. Proost, torcía el curso del agua para traerla á su molino. En un acabado discurso sobre el parasitismo y transformismo, expuso la manera de pensar del Sr. Naudin, que después de haber movido guerra á los transformistas, se habia pasado á sus filas; y citadas estas palabras del mismo: «Léase, dice Naudin, la relación mosaica sobre la creación, y se echará pronto de ver que la cosmogonía bíblica no es más que la teoría evolucionista de un cabo al otro», añádele el profesor Proost este comentario: «Esta manera de ver del Sr. Naudin, en quien no puede recaer más sospecha de ateísmo que en los Sres. Gaudry, Mivart y D'Homalius, merece toda nuestra consideración, en vista de los descubrimientos de cada día más asombrosos de la embriología y paleontología.» Y luego,

en más claros términos, prosigue bra- veando, sin fiarse de sí propio: «Como quiera, según hacia reparar en la Cámara belga el Sr. Thonissen, hace catorce siglos que san Agustín defendía que Dios había criado en un instante los gérmenes de todos los seres, que se han desarrollado durante las seis épocas de la creación; y santo Tomás afirma que esta doctrina le parece mucho, y no es contraria á la enseñanza de la Iglesia.»

No haremos el recuento de san Agustín y santo Tomás, ni repetiremos cuán en balde les sale el favor de ambos Doctores á los evolucionistas, ni les mostraremos á qué riesgo se ponen de embarrancarse los que se meten en teologías sin tener para ello el caudal necesario. Si el doctor Proost merece tanto crédito en los artículos que escribe, como el Sr. Thonissen en lo que á san Agustín y santo Tomás carga, triste honra se le seguirá de sus escritos. Pero la evolución trae tan trastornados los juicios de los hombres científicos, que dan por clara y perentoria la cosa más obscura del mundo. El mismo Naudin confiesa, y no lo niega el preclaro Proost: «Lo que ha apartado de la doctrina del evolucionismo á gran número de personas, ha sido el ardor con que el ateísmo se apoderó de ella: eso bastó para que los creyentes se arredraran y militaran en el campo contrario.»

También el célebre D'Homalius d'Halloj puso en el montón su piedra. En un discurso que dirigió á la Academia de Ciencias de Bruselas en 1874, acerca del transformismo, no vaciló en aseverar que esta hipótesis nada tiene contrario á las páginas de la Biblia, ahora se aplique al hombre, ahora no. «La suposición, dice, que los primeros hombres no tenían las formas de los hombres actuales, no se

¹ *Revue des quest. scientif.*, 1881, p. 135.

¹ *Revue des quest. scientif.*, 1881, p. 128-502.

opone á la Escritura; pues este libro no describe las formas del primer hombre; solamente dice que Dios le hizo á su imagen; y esto no puede aplicarse á sus formas materiales, sino á la fuerza que le animaba, que para ser hecha á la imagen de Dios debe de ser inmortal. Pues como existen ahora hombres que por los defectos de su organización no pueden ejercitar las funciones que caracterizan la humanidad en particular, concebimos que los primeros hombres podían tener una organización tal, que no les permitiera ejecutar trabajos manuales, mas que no les impedia conocer sus deberes para con el Criador; organización que debió de refinarse después á vueltas de la evolución transformista (*Organisation qui se serait ensuite améliorée par l'évolution transformiste*).»

En estas palabras se encierra una suma inexperiencia de las cosas sagradas. Define este autor que no se describe en el Génesis la traza del primer hombre, pues sólo se dice que Dios le *crió á su imagen, lo cual sólo se puede entender del alma que para ser á imagen de Dios ha de ser inmortal*. Conviene saber, para descubrir la falsedad de estas afirmaciones, que hubo Santos que entendieron por *imagen de Dios* el alma; mas como esté el alma dotada de entendimiento y voluntad, unos pusieron la imagen en el entendimiento, como Clemente Alejandrino¹, san Diadoco², san Agustín³; otros en la voluntad, como Tertuliano⁴, san Jerónimo⁵, san Zacarías de Mitilene⁶, san Macario⁷, el Damasceno⁸; otros, en fin, en el alma en

cuanto dotada de entrambas facultades, como san Gregorio Niseno⁹, Doroteo¹⁰, san Cirilo Alejandrino¹¹, san Ambrosio¹². Empero algunos de los dichos cifraron la imagen y semejanza en la forma propia del cuerpo de Adán: así el Damasceno³, san Gregorio Niseno⁹ y san Agustín⁷, haciendo la descripción de la hermosura del cuerpo adamítico y ensalzando sus prerrogativas sobre todos los animales, y el orden y maravillosa disposición que en su semblante resplandece. Fuera de estos autores, otros aplicaron la imagen de Dios á la virtud y santidad de costumbres y á la justicia y honradez: tal pensaron Clemente Alejandrino⁸, san Gelasio⁹, san Crisóstomo citado por el Damasceno¹², Severiano Gabalitano¹¹, san Ambrosio¹², san Pedro Crisólogo¹³, y aun algunos colocaron la imagen en la comunicación del Espíritu divino, como san Cirilo Alejandrino¹⁴, y mayormente decían que la semejanza se daba por la infusión del Espíritu Santo, poniendo diferencia entre imagen y semejanza; dado que á Petavio le pareció que Moisés quiso con estas dos palabras nombrar una cosa sola. También leyeron algunos en la imagen de Dios la inmortalidad y vida perdurable que el hombre ha de tener: así Prudencio¹⁵, Máximo, mártir¹⁶, Fausto Regiense¹⁷.

¹ *Libr. de Homín. opif.*, c. iv.

² *Doctr.*, i.

³ *L. ix In Joann.*

⁴ *L. vi In Hexaem.*

⁵ *In Eclog.*

⁶ *De opif. Hom.*, cap. xiii.

⁷ *L. xix De Trinit.*, cap. xviii.

⁸ *Stromat.*, 2.

⁹ *In actis Conc. Niceni.*

¹⁰ *In parallelis.*

¹¹ *De Mundi obificio, orat. v.*

¹² *De bono mortis, cap. v.*

¹³ *Serm. cxx.*

¹⁴ *Theauri, xxxiv.*

¹⁵ *Apotheos.*

¹⁶ *Cent. III de Charitate, cap. xxv.*

¹⁷ *Libr. I de lib. arbit.*

¹ *Revue scientifique*, 1874, p. 719.

² *Strom.*, vi.

³ *De perfect. Spirit.*, cap. lxxxvii.

⁴ *Lib. xii, De Trinit.*, cap. vii y viii.

⁵ *L. ii contra Marcion.*

⁶ *L. ii contra Marcion.*

⁷ *Libr. de Opificio.*

⁸ *Ham. xv.*

⁹ *II Libr. de Fide ortod.*

Entre todas estas interpretaciones es célebre y rubricada por las firmas de grandes autores la que pone la imagen de Dios en el dominio sobre todas las cosas criadas. Agradóle esta explicación á san Crisóstomo por extremo ¹ y á san Gregorio Niseno ², y con afluencia de razones y escrituras realzaron esta excelente prerrogativa, juntándose en el mismo empeño Teodoro ³, san Clemente Romano ⁴, san Gelasio ⁵, Isidoro Pelusiota ⁶, Filopono ⁷, y otros que no es posible aquí citar, y que pueden verse citados por sus propias palabras en el P. Petavio ⁸. La explicación que á este sapientísimo teólogo parecele más verdadera es la que mira la imagen de Dios en el hombre total, compuesto de alma y cuerpo, y no en la sola alma. Y esta parece ser la intención más clara de Moisés, al decir: «Hagamos al hombre... y mande á los peces...»; por motivo de que el hombre entró á participar del dominio de Dios en calidad de compuesto de alma y cuerpo, y sácase de testimonios clarísimos de los santos Niseno, Damasceno, Crisóstomo con Clemente Alejandro, que comprueban que ni la sola carne, ni la sola alma, sino el conjunto, el hombre entero, lleva impresa la imagen de Dios.

Estas consideraciones vienen á poner de relieve cuán sin motivo se dice que la imagen de Dios consistió únicamente en ser el alma inmortal. No nos detendremos en confutar el estado de degradación primitiva que D'Homalius insinúa en las palabras susodichas. ¿Cree el eminente geólogo que Adán fué levantado al orden sobrenatural en el punto que fué criado? Si lo cree,

¹ In Genes. hom. x.

² De hom. opif., cap. vi.

³ In Paul. ad Corinth.

⁴ Apud Damasc., in Elogis, cap. i.

⁵ In II par. Act. Nicenar., cap. xiv.

⁶ Lib. II, ep. 95.

⁷ De mundi opif., l. vi, cap. vi.

⁸ De opif. sex dieb., l. II, cap. II, III.

¿dónde se deja la integridad, la ciencia, la justicia original, el dominio sobre todos los animales, de que fué revestido al salir de las manos de Dios, cuando apenas le concede conocimiento de sus deberes para con el Criador? ¿Cómo tuvo empacho en 1874 de repetir los encomios que en 1866 dirigió á los libros divinos este presidente de la Real Academia de Ciencias de Bélgica, cuando demostraba la ninguna repugnancia que hay entre la Biblia y la ciencia? En tales barrancos como éstos atollan los patrocinadores de teorías curiosas por el prurito de la novedad. Las voces de tantos Padres y Doctores, que nos enseñan la creación inmediata, persuaden, concluyen, abren el sentido, aun dado que fuera arcano y obscurísimo, de las divinas Escrituras; su universal testimonio hace criterio seguro. ¿Luego va ó no contra la letra y sentido del Génesis la conseja de la evolución humana? ¿Quién sino la tradición es fiel intérprete de la Biblia cuando la Iglesia no decreta? ¿Ó hemos de fantasear sistemas sin contar con la santa Escritura, y luego estirar la Escritura para que ajuste á nuestros devaneos?

Otro sería nuestro discurso si tratásemos de plantas ó de animales. Hablando de las especies vegetales dijimos arriba ¹, cómo el divino escritor dejó de mencionar el modo que le plugo á la divina majestad seguir en la creación y desenvolvimiento del reino vegetal, y que por esta causa libertad le quedaba al sabio para espaciar su ingenio en orden á explicar el crecimiento de este reino: y las mismas razones se versan, como queda dicho ², tocante al reino animal; en virtud de las cuales el transformismo y el evolucionismo, por más que en el tribunal de la ciencia no puedan salir bien librados, nunca podrán ser condenados

¹ Cap. xxvi, 1.

² Cap. xxvii.

por opuestos á la santa Escritura, según lo demuestra larga y perentoriamente el P. Miguel Mir ¹. Mas aquí tratamos del hombre, y es mero antojo, de la estructura de un animal cualquiera querer pasar á la organización perfectísima del humano ser, y no dar al traste con todas las leyes del desarrollo orgánico, según decía Quatrefages.

Milita contra el evolucionismo esta obvia consideración. El hombre, examinadas sus concretas tendencias, es sociable y hecho para vivir en trato con sus semejantes. El habla, la razón, el corazón, sus ademanos y habilidad, todo publica que la vida social es uno de sus caracteres esenciales: y la vida social demanda orden y dependencia entre unos y otros miembros, amor de hijos á padres, reverencia á los mayores, autoridad en los padres para criar y gobernar á sus hijos.

¿Qué hace el evolucionismo? Trastorna todo este orden, atropellando la dependencia y rompiendo las relaciones de los miembros entre sí. Porque los primeros hombres fueron, según el evolucionismo, hijos de brutos: á fuer de tales tenían derecho de sujetar á sus padres á la vara de su poder, podían prenderlos con redes, hacerlos domésticos, desmenzarlos con golpes, mantenerse de sus carnes, tratarlos, en fin, como ganado vil, siendo así que corría por sus venas la misma sangre que ellos tenían. Así se habrían descarado los hijos contra sus padres, y derribado por el suelo la autoridad paterna, con gran menoscabo de la subordinación en la familia. ¿Con qué derecho podían estos desnaturalizados hijos haber impuesto á sus descendientes la ley del respeto y obediencia? De donde se sigue que los primeros hombres estuvieron colocados en una condición totalmente contraria á las leyes de moralidad; y eso por ser engendros

de animales y padres de hombres. Porque no hay duda que, en un momento dado, una pareja privada de razón habría procreado un ser dotado de ella, inteligente, moral: de padres fieras habría nacido un hijo hombre, bruto por un lado, por otro ser humano; por un lado transición brusca y súbita, por otro continuación lenta é insensible. Á decir verdad, más lógica se halla en el transformismo radical de Spencer que en el mitigado de Mivart: más incoherente y dispartado es el evolucionismo que el transformismo, por más que ambos á dos estriben sólo en la fantasía de sus autores.

Así que en asunto de tanta gravedad y trascendencia no es lícito apartarnos de la pauta que nos trazaron nuestros mayores y nos enseñaron los Doctores de la Iglesia. Á fuer de fieles, ¿no habíamos por el contrario de apoyarnos en los textos claros, y cerrar todos los portillos á la libertad de pensar, á no ser que razones poderosas nos obligasen á otra interpretación? No sería entonces más lógico nuestro proceder? Si los evolucionistas poseyeran argumentos con que dar color á su hipótesis, mucho habían ellos de pesar para inclinar el fiel y hacernos romper la cadena tradicional de tantos siglos. Mas, ¡famosa razón la suya! ¡Pintar con vistosos colores la posibilidad, alterar textos de santos Doctores para hacerla creíble, y luego dar por hecha y por firme la teoría! Exclamaba el P. Didon, de la esclarecida Orden de Predicadores: «Los sabios han dicho con incomparable cinismo: Por más que el orgullo humano se dé por ofendido, sépanlo todos: el solar donde el hombre nació fué un animal; la primera madre del hombre fué un animal; el primer alimento que le vino á la boca fué leche de animal».

¹ Harmonía, 2.ª edic., cap. xv, p. 332.

² Discours sur l'origine de l'homme, par Reichenbach.

Si, señores, esto se dice, se escribe, se aplaude.—No es tanto nuestro orgullo quien se resiente, ¡oh cínico!; nuestra alma es quien se enoja y enciende con tus baldones.—Dejemos en su lodazal, en sus pasiones, en sus ruinas á esos pregoneros de brutalidad y de naderías. Dios nos crió: fuimos hechos á su imagen: hay cosa divina en nosotros. Tengámoslo presente, y roguemos que el hombre-animal no preveza en la tierra. Trabajemos en particular y peleemos con denuedo para que no lleve la pal-

ma en Francia: acabaría con ella '»

«En el orden de las ideas, la aplicación del evolucionismo á la formación del cuerpo humano es posible, y aun diré que realzaría la unidad del mundo y del plan divino (!?). Pero en el orden de los hechos, ni la revelación ni la relación de las cosas la confirman y corroboran '».—Ahí está todo cuanto á duras penas se podría conceder.

¹ *L'homme selon la science et la foi*, 1886, deuxième confér.

² P. CASTELLEN: *La première page de Moïse*, 8^e confér., 1884.



CAPÍTULO XLI.

EL REINO HUMANO.

ARTÍCULO I.

Costumbre ordinaria de introducir al hombre en el reino animal.— El hombre hace reino aparte.— Diferencias anatómicas y fisiológicas entre el hombre y el bruto.— Dictamen de los santos Padres y de los zoológicos modernos.

Es costumbre introducida por los naturalistas contar al hombre entre los animales en los catálogos zoológicos que de ellos suelen hacer. Lo ordinario es ponerle en la lista de los mamíferos, y aun describirle en pos de los monos, como si metido entre ellos fuera de menos bulto la diferencia. Fúndanse en la estructura anatómica del hombre, que poco dista, dicen, de la del mono, y permite emparejarlos sin peligro de error. Mas no advierten que aun llamar al hombre animal, es poco decir para calificarle del todo; siendo indubitante que el carácter distintivo que funda su excelencia sobre los mamíferos, vertebrados y vivíparos, está en la lumbré de la razón, que constituye la diferencia específica. Pero la costumbre de prescindir de este distintivo esencial, y de parar la vista en la figura del cuerpo, por la que parece acercarse á los mamíferos de clase mayor, ha sido ocasión de que abalanzados el hombre y el bruto, unos le hayan igualado á los monos, otros le hayan hecho de peor condición, otros le creyeran comparable con la rana,

otros le asimilaran al delfín; refiriendo los más de ellos por cierto lo imaginado, y borrando la infinita distancia que hay de un hombre á una bestia cualquiera. Ello es, que los embalmientos de Lamarck, de Vogt, de Huxley, de Tiedemann, de Clauss y otros autores de este jaez corren con más fama que fuera menester á la sana filosofía y á la humana dignidad. Veamos, pues, cómo contraponiendo con el hombre el animal más perfecto, nacen forzosamente diferencias notabilísimas, cuales pueden caer entre el reino mineral y el vegetal, entre el vegetal y el sensitivo; por manera que nos autoricen á constituir un reino de por sí, el *reino humano*, encumbrado infinitamente sobre los demás reinos naturales.

Descendamos á enumerar las excelencias anatómicas más principales que en el cuerpo del hombre resplandecen; y comencemos por la propiedad de estribar sobre las plantas de los pies. Así describe la postura vertical el catedrático de medicina en la Universidad de Madrid D. Julián Calleja: «Apoiado sobre los dos pies, dejando en completa libertad los miembros torácicos para maniobrar con ellos, con la cabeza erguida, los ojos situados horizontalmente, en actitud de abarcar extensiones inmensas, y con los órganos del lenguaje hablado y de los gestos colocados en la cara...: tal es la